

monio. Si el diablo ó sus ministros te proponen el logro, que no encuentren en ti la avaricia : si te brindan con la lascivia, que hallen dentro de ti la castidad : pelea contigo mismo ; si no sientes á tu enemigo, sientes á tu concupiscencia, vence á esta y vencerás á todos aquellos. Sí, esta es la mayor victoria, vencerse á sí mismo. Así y solo así es como se consigue la palma y corona eterna que está preparada para los que triunfan.

Encendámonos en unos deseos vivos de conseguirla, estimulémonos con los ejemplos de ese varon fuerte, prolongados por el espacio de mas de cien años que duró su vida, alentémonos á la vista de la gloria que ahora disfruta, tomemos sus armas, oremos, velemos. Temamos al Señor como él, y el Señor tambien cumplirá con nosotros la promesa del oráculo divino : «Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno : el Señor le librará de todos y le conservará en la tentacion. » Así sea.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Vos estis lux mundi.

Vosotros sois la luz del mundo.

S. Mat., c. 5. v. 14.

Iglesia santa! Digna esposa del Cordero vírgen! Adórnate con los vestidos de gloria : alégrate en Dios tu Salvador : recibe las aclamaciones y parabienes de tus hijos. Tú que como Raquel te deshaces en llanto y sollozos lastimeros, por ver á tus hijuelos despedazados por todas partes... Tú que al ver las provocaciones de la multitud pervertida, gimes inconsolable y te ocultas para dejar correr tus lágrimas en la afliccion... suspende tu dolor : no te desconsueles, canta himnos de alabanza y regocijo, porque el Señor ha dirigido sobre ti una mirada de amor y de ternura. Regocijate, madre del amor casto y hermoso. Tú que no te alimentas sino con los frutos de honor y honestidad ; que no habitas sino entre rosas, azucenas y jazmines, y eres el reclinatorio en que el celestial Esposo tiene sus delicias con los hijos de los hombres, prorrumpes en cánticos de júbilo y de alegría, porque tu felicidad está decretada en el cielo, porque un santo esclarecido va á consolarte, á aumentar tus glorias, á defenderte, á ilustrarte, y no es cosa de que te entregues á las tristezas y desconsuelos. Convoca mas bien á los fieles para que alaben, bendigan, ensalcen, engrandezcan y glorifiquen al que es admirable en sus santos, y haz que todos demos gracias á nuestro Dios, porque esto es muy digno y justo.

Así, amados oyentes, así lo hace la iglesia santa al llamarnos

á este templo para celebrar la memoria del héroe de nuestra devoción, san Antonio Abad, padre y patriarca de los monjes, despreciador asombroso de las cosas terrenas, azote del infierno, martillo de los herejes, luz del oriente y espejo de los mismos santos. ¿A qué esta solemne festividad, sino para dar gracias al cielo por habernos dado en *san Anton* un ángel tutelar encargado de conducirnos con sus doctrinas y ejemplos, á la manera con que el otro precedía con la columna de fuego á los campamentos de Israel: Él enseña á todos á ser buenos cristianos, y su vida prodigiosa nos estimula á la virtud; porque no hay vicio que no haya combatido, peligros que no haya superado, triunfos y victorias que no haya logrado, ni virtudes que no haya poseído; y siéndonos esto de gran provecho, la iglesia nos manda que nos atengamos á san Antonio Abad, que confiemos en su intercesion, que nos encomendemos á su piedad seguros de su grande valimiento ante la Majestad divina, y de que en imitarle consiste la perfeccion cristiana con que tanto se agrada al Señor. Para que correspondais á los deseos de nuestra piadosa Madre, y sean estos presentes cultos aceptos á nuestro Dios, os demostraré: que el grande, admirable y prodigioso san Antonio Abad es la luz que ha puesto el Omnipotente en el mundo, para que enseñe á los mortales el camino de la santidad, sin la que es imposible la salvacion. *Vos estis lux mundi.*

Ojalá, Dios mio, que los prodigios del ángel del desierto penetren el corazon de mis oyentes, hasta hacerles formar deseos eficaces de imitar sus virtudes. Esta gracia os pedimos por la intercesion de la madre del amor hermoso, á quien decimos con el ángel *Ave María.*

Cierto es que la santidad es el único camino que conduce al cielo: pero tambien lo es que siendo penoso y estrecho segun el testimonio de la verdad, son pocos los que se hacen violencia para conseguir la posesion de aquel dichoso reino. Todos quisieran como Balaan tener la dicha de morir con la muerte de los justos, y tener la recompensa debida solo á la santidad sin haber hecho obras de vida eterna. Pero sin ir por el camino que el grande Antonio nos dejó trazado, ¿no es mas difícil entrar en la gloria, que el pasar un camello por el ojo de una

aguja, como se dice en el Evangelio? Reflexionad, y entended que no podéis salvaros sin imitar á san Antonio en el horror que tuvo al pecado, en la fuga de los vicios, en la práctica de las virtudes y en el cumplimiento de las obligaciones del bautismo, en que todos los cristianos prometen renunciar á Sathanas y sus obras, al mundo, sus pompas y vanidades. Escuchad los principales rasgos de la vida prodigiosa de este esclarecido campeón de nuestra religion, con deseos de imitarle, y alabad la providencia del que preside, gobierna y dirige la iglesia santa á su destino eterno de la felicidad por unos medios tan dignos de su eterna sabiduría.

Nace el grande Antonio en Como, lugar pequeño cerca de Heraclea en el Egipto superior, rodeado del brillo y esplendor de las riquezas de una ilustre cuna: es educado en las máximas de la virtud y santo temor de Dios, y aunque la corrupcion y supersticiones de su siglo hacian víctimas sin cuento, su sencillo y candoroso corazon no se trastornó, su inocencia se mantuvo sin la menor mancha. Aún ignoraba los afectos de la naturaleza, y ya era víctima su cuerpo de la cruz y del sufrimiento evangélico. Semejante al santo Tobías, cuando los otros niños iban á ofrecer incienso á los ídolos que el mundo adora, Antonio iba al templo del Señor á derramar su corazon en su presencia, á ofrecerse en su servicio, á renovar los votos de su bautismo y á disponerse para otros de evangélica perfeccion. El niño Antonio, dirigido por unos padres celosos de su salvacion, se horrorizaba al ver que los de su edad concurrían á las aulas, en que se les daba á beber el veneno de la herejía y del error en libros llenos del tósigo de la muerte, en libros portadores de licencias escandalosas, de blasfemias impías, de relacion espantosa. Presta sus oídos á los instintos de la gracia, detesta esa ciencia que hincha, que mata y emponzoña el corazon en lugar de ilustrarlo, y se convence con el Sabio de que en la escuela de los hombres todo es vanidad y afliccion de espíritu. Desea con el Apóstol saber á Jesucristo crucificado, se fija en la cruz, aprende en ella á despreciar los bienes de la tierra, y en esto mueren sus padres dejándole dueño de un pingüe y rico patrimonio, y con él en la situacion mas peligrosa. La opulencia de su casa, el esplendor de su ilustre familia, el dulce encanto de una hermana menor de edad de quien quedaba dueño y señor, el noble orgullo, por decirlo así, de con-

servar la nobleza de su linaje, el prestigio de sus timbres y blasones, todas las esperanzas en fin con que el mundo le ilusionaba..... ¿No deberían tenerse por atractivos irresistibles á un corazon ménos cimentado en la virtud que el de Antonio á los veinte años de su edad? Pues sin embargo, léjos de deslumbrar á nuestro jóven tan magnífico aparato, no sirvió mas que para acelerar su resolucion de renunciarlo todo por seguir á Jesucristo. ¡Con qué ansia corrió un día al templo del Señor á ofrecer á Dios las amarguras de su nueva vida y á implorar los auxilios del cielo! Entra Antonio en la iglesia al tiempo en que un ministro del altar leía en alta voz aquellas palabras de Jesucristo: « Si quieres ser perfecto, marcha, vende cuanto tienes y reparte su precio entre los pobres. » No fué necesario mas. Como si estas palabras se hubieran dicho para él solo, vende su patrimonio y ejecuta al pié de la letra lo que en ellas le mandan. Inflamado con la mas ardiente caridad, derrama en el seno de los pobres todos sus tesoros, encomienda su hermana á unos parientes temerosos de Dios, sale de su país como los israelitas del Egipto, y va á buscar á Dios en el desierto. Nadie le detiene: Antonio tiene á Dios por su padre, por su madre, por su hermano, por su amigo, por su corazon, por su alma y por su todo, y á Dios busca, hácia Dios avanza, á Dios va á unirse en la soledad. Es verdad que el infierno pretende quebrantar su constancia, y que al efecto le hace ver los objetos con los colores con que suelen presentarlos las pasiones; pero todo se estrella contra el escudo inexpugnable de su fe: él triunfa de cuantos obstáculos le ponen el mundo, el demonio y la carne; sigue impertérrito la voz de la gracia, y nos enseña á entrar sin reparo alguno en el camino de la santidad propia de los hijos de la fe.

Dado este primer paso, principió este nuevo Moises á internarse en el desierto, resuelto á no tomar descanso hasta no llegar al Siná de la perfeccion evangélica en que habla Dios al corazon. Llega á unas cuevas habitadas por ángeles en carne humana, dirigidos por un santo varon de Dios: se incorpora Antonio á esta penitente sociedad de mártires de la abnegacion y de la cruz, se dedica á retratar en sí mismo las virtudes mas heróicas que veía en cada uno de ellos, allí como en un arsenal de armas espirituales, se provee de las que tanto habia menester para los combates que le esperaban; oye la voz de Dios que

le llamaba á otra parte, y cargado de las preciosas semillas de grandes virtudes, fué á parar á aquel castillo viejo en que tantos triunfos consiguió contra las potestades infernales. Penetra por las cavidades de aquel edificio, y ¡qué asombro! El demonio en forma de un horrendo monstruo intenta amedrentar y confundir al grande Antonio en los primeros pasos de su carrera; pero Antonio que no ha puesto su mano al arado para mirar atras, no retrocede: se arma con la señal de la cruz, invoca á su Dios, se encomienda á Maria santísima, y se pone al frente del infernal dragon, lo desafía, lo vence, pone en confusion la casa de Nabuco y adquiere una superioridad sobre Lucifer y sus huestes, que acaso no se habia conocido igual hasta entónces.

Nada importa que el infierno se alarme con esta victoria, y que reuniendo todas sus furias se presente en la arena para combatir á nuestro santo: no importa que extendiendo sobre él la mano como contra Job, le azote unas veces cruelmente hasta dejarle sin movimiento y casi sin vida: que introduzca otras en su habitacion un incendio cuyas llamas iban á devorarle, que le cojan en alto y le hagan caer hiriéndose gravemente en aquellos escombros, y que á todas horas le amedrenten con figuras espantosas de serpientes, dragones, osos, leopardos, toros, leones y escorpiones, que bramando, ruiendo, silbando, y horrorizando, transformaban el castillo en imágen del infierno. Nada importan estas maquinaciones infernales para Antonio, porque Antonio fijo en la cruz, parapetado en la oracion y defendido por el autor de su fe, todo lo vencía, sin que veinte años de combates obstinados en aquel retiro pudieran servir mas que para contar otros tantos de triunfos: para demostrar á los fieles que no hay tentaciones que no puedan vencerse con la gracia, y para dejar impresas en el camino de la santidad las huellas que deben seguir todos los cristianos.

Empero tanto heroísmo no era para estar siempre oculto. La fama de Antonio habia volado á su pesar por todos aquellos desiertos: al eco de sus prodigios acudian á él con mas ansia que la reina de Saba á oír la sabiduría de Salomon; le consultan, veneran y respetan los santos mas eminentes; los solitarios prosternados á sus plantas le ruegan y suplican que los dirija; pero la humildad de Antonio se estremece; huye, se interna en lo interior del monte Arsinoe, mas en vano se aparta del camino que Dios le traza. El cielo le preparaba para ser como otro

Abrahan padre de una multitud de santos, y aquí cabalmente era en donde el Señor le esperaba. ¿Qué multitud de virtuosos solitarios no se vieron concurrir de todas partes para militar bajo las banderas de este célebre Macabeo? Tú serás nuestro jefe, le decian, y nosotros nos tendremos por dichosos en obedecer tus órdenes. Aquí principia la vida pública de san Antonio Abad. Ya no es este santo una luz escondida bajo el medio celemin: es una antorcha brillante, que colocada sobre el candelero va á iluminar con sus resplandores á la gran familia del Padre celestial. Arsinoe, soledad espantosa, no llores tu esterilidad, porque la iglesia va á recoger los mas preciosos y opimos frutos de santidad y de virtud, abrigando en tu seno al grande Antonio. Una multitud de prosélitos vienen á seguir á Jesus bajo la direccion de nuestro santo. Á todos los recibe con la dulzura de un ángel, con la ternura y caridad de un padre cariñoso. ¿Qué preceptos celestiales sobre la pobreza de espíritu, sobre la pureza de corazón, sobre la modestia del cuerpo, sobre la mortificacion de los sentidos, sobre la humildad, la obediencia, la oracion y abnegacion propia ¿no salian continuamente de sus labios angelicales? Los Atanasios, los Pancios, los Macarios Egipcios y Alejandrinos, los Hilariones, los Pafnucios, los Serapiones y otros muchos solitarios y anacoretas, que doctrinados en la escuela de Antonio, fundaron monasterios en todas partes é ilustraron al mundo con las luces de la religion divina, ¿no deponen en favor de la santidad esclarecida de nuestro bendito santo?

Ah! quién no diria despues de esto que san Antonio habia llegado á la cumbre de los montes mas altos de la perfeccion? Pues oíd y pasmáos: Dios le comunica un dia en la oracion, que se ocultaba en aquellos desiertos un solitario á quien no igualaba en perfeccion evangélica. Antonio le busca con ansia, penetra por aquellos espantosos lugares, registra las cavernas y rincones mas escondidos... Encuentra al fin un anciano venerable, cubierto con hojas de palma, encorvado con el peso de cien años de austera penitencia, morador del cielo viviendo todavía en la tierra, ignorado enteramente del mundo, sin mas compañía que la de los ángeles que le visitaban y la de las fieras que se complacian en servirle. ¿Qué entrevista esta tan tierna para aquellos dos santos solitarios! Qué escena tan interesante! Se conocen sin haberse visto jamas: se saludan sin haberse

nunca saludado: Pablo! dice Antonio: Antonio! exclama Pablo. Se abrazan tiernamente, se comunican su espíritu..... No puedo detenerme como quisiera para daros una idea de aquella conversacion celestial, que no fué otra cosa que un enlace de divinos oráculos, de profecias celestiales, y de las mas sublimes alabanzas del Altísimo, porque urge el tiempo, y es necesario haceros ver al grande Antonio como una abrasada antorcha consumida en el celo de la gloria del Señor.

¿Que no pueda haceros una reseña de aquella terrible persecucion, que arrancó de su amada soledad á nuestro san Antonio, para acudir al socorro de los fieles perseguidos. Diocleciano y Maximiano..... nombres de terror, de execracion y de espanto: aun hoy se estremece la iglesia con solo nombrar á estos monstruos. Qué edictos tan fulminantes no publicaron el uno en Oriente y el otro en el Occidente para acabar con los cristianos! Antonio, que con tanto valor confundió á las potestades del infierno, ¿habia de mostrarse apático é indolente al ver que sus agentes se encarnizaban en los hijos de la iglesia, provocando al Dios que los confortaba? No, san Antonio deseoso del martirio, vuela á la ciudad de Alejandria en donde á centenares se martirizaban los santos. De dia en las cárceles y en los cadalsos para animar á los que morian en los suplicios; de noche en los cementerios para darles sepultura, en todas partes buscando el martirio..... pero hasta el gobernador y los mismos verdugos le respetaban, sin permitir que se tocara ni á un pelo de su cabeza, porque Dios le reservaba para confundir á la herejía.

Arrio, el blasfemo Arrio se atrevió á negar la divinidad del Verbo eterno: á decir que el hijo de Dios no era consustancial con su padre, asegurando que esta era la doctrina de san Antonio Abad, padre de los solitarios del Egipto. ¿Ver san Antonio autorizadas con su nombre tan horribles blasfemias! Al momento toma su cayado, y apoyando en él el peso de cien años, marcha á la populosa ciudad de Alejandria y confunde á los enemigos del divino Verbo, predica á la muchedumbre, el pueblo aclama la fe de Antonio, condena la doctrina de Arrio, y los débiles se fortifican, los ilusos se desengañan, pasan de setenta mil los herejes que volvieron al gremio de la iglesia por los esfuerzos evangélicos de Antonio, y Antonio vuelve á su ama-

da soledad, para recibir en ella la corona de justicia que Dios tenia reservada á sus méritos.

Transportáos al pobre lecho en que Antonio, como otro Jacob rodeado de sus hijos, los bendice con toda la efusión de su grande alma. Los exhorta á la perseverancia en la virtud, los consuela y les dice: Quedáos con Dios, hijos míos, porque vuestro Antonio se os va, y no estará mas en esta vida con vosotros. Dicho esto entregó en dulce paz su espíritu al Señor, y acompañado de los ángeles subió á las moradas eternas de la gloria.

Qué os parece de esta muerte? Fué preciosa á la verdad como habia sido su vida. Ella fué, como lo habéis visto, el modelo mas perfecto para arreglar nuestra conducta, puesto que siguiendo los ejemplos del grande Antonio, aborreceremos el pecado, dejaremos los vicios, venceremos las pasiones, triunfaremos de los enemigos de nuestras almas, y practicaremos las virtudes. En hora buena que no debamos dejar al mundo, ni estemos obligados á ir á pasar la vida en los desiertos; pero podemos reprimir nuestras pasiones, tener el retiro de nuestro corazon aunque sea en medio del bullicio de las gentes, combatir á nuestros enemigos, acreditar el celo de nuestra fe contra los que de mil modos y maneras la contradicen en estos tiempos calamitosos, y ejercer la caridad, que es la suma de toda la perfeccion cristiana. Hagámoslo así.

Y vos, héroe glorioso de la religion, que despues de haber vencido al mundo, al demonio y á la carne, salisteis lleno de virtudes de este valle de lágrimas y subisteis triunfante á los cielos: no permitáis que los que tanto nos interesamos en celebrar vuestros triunfos, nos veamos llenos de ignominia al lado de las furias infernales. Que no perdamos las sillas que nos están preparadas: que vayamos á ocuparlas ayudados por vuestra intercesion: que os acompañemos eternamente en la gloria. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Beati servi illi quos cum venerit Dominus invenerit vigilantes.

Bienaventurados aquellos siervos que cuando viniere su Señor fueren encontrados vigilantes.

S. Lucas, c. 12. v. 37.

En la mayor parte de los pueblos de alguna consideracion que existen en nuestra república, se están tributando obsequios á la memoria de san Antonio Abad en este dia, considerando uno de los mas propicios y eficaces intercesores para la conservacion de los bienes del labrador, cuyo trabajo produce el alimento de todas las clases de la sociedad.

Este suceso hacia por sí solo el elogio de un varon tan virtuoso y amante de Dios como san Antonio, si en los hechos de su vida no nos diera motivos mayores para hacer resonar sus alabanzas en las bóvedas de este templo, y aún en las de toda la cristiandad.

Al proponerme yo llenar el deber de hablar dignamente de san Antonio, encuentro no obstante graves obstáculos, que provienen de vosotros, amados oyentes, y de mí. De vosotros porque no os veo reunidos ante el ara en que se quema incienso á Dios y á sus santos, movidos de un espíritu religioso y de piedad; y de mí, porque no tengo los dotes de sabiduría, elocuencia y virtud que se necesitan para hablar de un santo tan lleno de virtudes y tan amado de Dios.

Vosotros atraídos la mayor parte por seguir la corriente de